

Mi trabajo en Geodemografía desde la perspectiva de la cultura de la vida

Manuel Ferrer Regales

Profesor Emeritus de la Universidad de Navarra. Ha impartido docencia en las Universidades de Zaragoza y Oviedo con anterioridad. A lo largo de su vida académica ha investigado sobre el medio rural e industrial, el sistema de ciudades y actualmente trabaja sobre los Centros Históricos de las ciudades de España. Una línea continua en su interés como docente e investigador ha sido la geodemográfica.

Mi trabajo universitario ha versado sobre la Geodemografía. Se trata de una ciencia en la que la figura de la persona humana es central, o si se quiere, en la que el hombre es el protagonista del entorno en el que vive y con el que se relaciona. Pues bien, la afirmación anterior ha sido, a partir de la segunda mitad del siglo XX, objeto de debate y discusión. Podemos hablar de dos concepciones. Las notas que las diferencian permiten apreciar el grado y la calidad que cada versión otorga al ser humano.

1. CONCEPCIONES SOBRE EL HOMBRE Y SU ENTORNO

Según la primera, que podríamos definir como cerrada a la vida, la población, el desarrollo y el ambiente tienen que mantenerse en equilibrio. De tal modo que si se rompe este último, hay que recomponerlo. Y puesto que se considera al ambiente como una variable fija (los recursos, el ecosistema), y al desarrollo (progreso material y social), como el producto de la relación entre la población y el ambiente, se concluye que la clave del equilibrio, y si se quiere del progreso, está en graduar el volumen de la población. Esta conclusión es la que dio lugar al concepto de superpoblación, que se atribuyó en especial a los países pobres o subdesarrollados. El equilibrio exigiría, en consecuencia, no tanto aumentar los recursos, que se consideraban cada vez más escasos, cuanto disminuir el crecimiento de la población. Aplicada en la segunda mitad del siglo XX a

los países pobres, en ellos deberían establecerse unas medidas reductoras de la población. Esta es, en esencia, la filosofía de las llamadas políticas demográficas. Además, y conforme pasan los años y el individualismo hedonista y consumista se extiende en los países ricos, las políticas demográficas incluyen la difusión de aquellos estilos de vida ajenos a una concepción de la misma acorde con la dignidad de la persona.

Según el enfoque abierto a la vida, hemos de partir de la idea de que la vida humana, aunque enmarcada en una realidad histórica, no está determinada por ella sino que está instada a perfeccionarla. El hombre es un ser perfectible y perfeccionador: de sí mismo, de los demás y de la naturaleza creada por Dios.

En el plano de los medios, es bueno contar con los resultados de la ciencia, pero no hay que olvidar que la ciencia tiene un límite; aquél en el que queda comprometida la naturaleza del hombre, como criatura libre y responsable, y destinada a amar a Dios y a servir a los demás por amor, a servirse de la naturaleza y a mejorarla. La condición natural de la relación entre los seres humanos es la fraternidad humana y sobrenatural, y, con respecto a la naturaleza, el dominio respetuoso.

En consecuencia, la cultura —incluidos los avances científicos y de organización social—, debe respetar la prioridad de la dignidad humana, y excluir los métodos y resultados, por muy científicos que parezcan, que se opongan o perturben el recto orden de las cosas y de la propia naturaleza.

2. CRITERIOS BÁSICOS ANTE EL PROBLEMA DE LA POBLACIÓN

Desde el principio comprendí que la ciencia correctamente asumida era compatible con la dignidad del hombre y que mi investigación geodemográfica tenía una dimensión directamente doctrinal y apostólica. Me sentí urgido a defender la verdad, tanto en lenguaje científico, en foros universitarios, como en lenguaje sencillo, en medios de comunicación destinados a un público más amplio. Así, la investigación adquiría una dimensión social estrechamente unida al perfeccionamiento personal, en la triple dimensión de hijo de Dios, ciudadano, y miembro de una familia, tal como he aprendido de las enseñanzas del Beato Josemaría.

Me sentí removido e instado ya que, entre los contenidos de la materia que tenía que explicar a mis alumnos figuraba la población. A partir de los años sesenta, comencé a indagar no sólo en las fuentes geográficas sino que procuré ampliar mis conocimientos al campo de la sociología y la demografía. En el ambiente de aquellos años, ser “alma de criterio”, “agotar la verdad”, y comprometerse den-

tro de la sociedad para servirla, como se dice en *Camino*¹, era un revulsivo, que aparte de su valor general, para esta generación y las que nos sucedan, tenía especialmente un gran interés cuando se estaban poniendo los cimientos de una transformación cultural tan desafiante y apasionante para el académico como la descrita al principio. Ciencia y fe no podían ser incompatibles, como tantas veces dijo el Beato Josemaría.

El amor a la verdad y a la ciencia, a la Iglesia y al Papa se hermanaban y eran muy necesarios en aquellos tiempos de turbulencia. Pasados los años, he tenido ocasión de comprobar la validez de los criterios de los que me siento deudor. Más que nunca hay que seguir lo que está diciendo el Papa Juan Pablo II. Al mantenerse en la verdad, se gana siempre, el error en cambio se contradice. Un colega mío, creo que el sociólogo más conocido en mi país, me decía no hace mucho con motivo de una tesis doctoral: «Manuel, tú sigues donde estabas, yo cada vez me acerco más a ti». El cristiano tiene que ser fiel, firme en su confianza en la Iglesia y atento a su formación. El carácter profético de la *Humanae vitae*, transcurridos más de treinta años desde su publicación, es obvio. Desde entonces el problema de la desnatalidad ha conducido a la Europa occidental a una situación muy comprometida de envejecimiento, de tal forma que desde hace años nos hallamos instalados en lo que ha venido en llamarse el invierno demográfico. Por otra parte, el mayor reto de nuestros días es cómo unir los bienes materiales a los espirituales, esto es, vivir lo que el Beato Josemaría denominaba “materialismo cristiano”. La gente, sin distinción de edad, sexo y clase social o pertenencia a uno u otro mundo tiene derecho a participar en los bienes de uno y otro signo. No debe haber fronteras ni exclusiones, tampoco entre mis colegas, a pesar de que yo mismo haya sido objeto en ocasiones del ostracismo intelectual cuando no de la crítica injusta.

3. LA DIVULGACIÓN

Motivado por el Beato Josemaría, no me limité a escribir artículos de revista y libros que, al fin y a la postre, quedan en el estrecho círculo de los especialistas. Lo mismo cabe decir de la participación en Congresos y Foros internacionales o del dictado de Conferencias ante públicos más o menos reducidos. Me lancé a la arena de los medios, a sabiendas de que había que divulgar y contrarrestar la atmósfera devaluadora de la maternidad y la procreación, y aportando argumentos que contraponían a las visiones catastrofistas otras más ajustadas a la realidad

¹ Cfr. *Camino*, *Introducción* y n. 33.

y diseñadoras de escenarios de futuro. Luces y sombras, ciertamente, aparecen en ambos tipos de análisis y diagnósticos, traducidos desde el trabajo investigador al público.

Por lo que se refiere a la natalidad y valores, en síntesis, fui transmitiendo lo que con el tiempo iba confirmándose, como señalo a continuación.

Ha fracasado el acervo teórico para explicar la evolución de la natalidad en el mundo occidental. En definitiva, se rompe la pretendida correlación entre el número de hijos y el desarrollo económico, ya que se produce el denominado desplome infantil, que es propio de Europa occidental a partir de fines de los años sesenta. Se hace imposible así la holgada sustitución de generaciones de los años cincuenta y sesenta. Por lo que se puede comprobar que la falta de reemplazo generacional comienza con anterioridad a la crisis económica de los años setenta, y prosigue después a pesar del ciclo último de alza económica.

El declive de la natalidad agudiza o provoca el envejecimiento progresivo de la población y la necesidad de acudir a la inmigración, fenómeno más antiguo en los países centro-europeos pero que luego se traspasa también a los mediterráneos.

He podido comprobar que el fortísimo declive de la natalidad en un corto período de tiempo ni fue previsto por los científicos sociales, ni aseguraba la modernización entendida como la consecución de los hijos deseados, mediante las legislaciones sobre la contracepción y el aborto.

Por añadidura, al analizar las causas del declive, el positivismo se limita a enumerar los obstáculos económicos, sociales, profesionales, etc. como causas ciertas pero insuficientes para explicar su alcance dramático. Nadie citaba el problema de los valores, o si se prefiere de las virtudes, para explicar la cuestión de fondo que traslucía la desnatalidad.

Al tratar de la relación entre población y otras variables en la segunda mitad del siglo XX no se han cumplido las previsiones catastrofistas. Basta recordar que: 1) el desarrollo se ha mostrado como una variable independiente del crecimiento de la población; 2) la producción alimenticia ha sobrepasado con mucho el crecimiento demográfico; 3) el supuesto agotamiento de los recursos es sustituido por el dilema ambiental; 4) se incorporan al desarrollo los llamados países emergentes; 5) la globalización es un proceso teóricamente favorable a la extensión del desarrollo, aunque requiere cambios importantes en los países ricos; entre otros, la apertura al comercio de los países pobres. Hay que tener en cuenta que en estos últimos es necesario arbitrar medidas de mejora de la organización, sin olvidar las guerras y las hambrunas por causas climáticas.

Habría que señalar que también abundan las sombras en esta etapa de medio siglo: 1) la pobreza y el subdesarrollo profundo siguen afectando a una cincuentena de países; 2) el porcentaje de hambrientos ha disminuido, aunque el

hambre continúa siendo un drama ostensible, mientras sobra o se limita la producción alimentaria en los países ricos; 3) aunque la mayoría de los países menos avanzados han aumentado su PIB, en los ricos el aumento ha sido mayor; las disparidades entre la riqueza y la pobreza, el superconsumo y la miseria, se agrandan entre los avanzados y los menos favorecidos, así como también las diferencias notables entre las personas y grupos integrados y los excluidos en el caso de Europa occidental.

4. EL FUTURO

En concreto, me interesa destacar tres factores de una gran trascendencia actual, que tienen alguna relación con el sistema cerrado del que hemos estado hablando. Me referiré en primer lugar al envejecimiento de la población, al fenómeno de la inmigración, y al ambiente. Después, hablaré de las amenazas de una mayor oclusión de la cultura de la muerte, en contraste con los valores abiertos a la vida y a la justicia y la solidaridad.

Se han agravado los problemas relacionados con el envejecimiento: aumento de costes sociales, hipoteca de la reposición de las generaciones, necesidad de mano de obra y apelación a la inmigración. La última proyección, hecha en el 2000 de cara al año 2050, muestra cómo la población del “Viejo Continente” requeriría una cantidad asombrosa de inmigrantes para compensar el vacío generado por la falta de cunas autóctonas, es decir, por la involución demográfica. No vamos a entrar aquí en los tres escenarios y los objetivos a cada uno correspondientes. En cualquiera de los tres, el yermo de envejecimiento provocado por la subfecundidad exige una inmigración explosiva.

A mi entender, tal tipo de proyecciones, a muy largo plazo, se parecen a las que condujeron a hablar de la explosión demográfica, aunque en sentido contrario. Cabe preguntarse, en consecuencia, si la publicación de cifras que han sido tildadas de absurdas en medios demográficos serios, tiene como objetivo preparar a la opinión pública sobre políticas de futuro relacionadas con los ancianos. Lo que no invalida, ciertamente, la necesidad de la inmigración auspiciada por el envejecimiento.

De cara al futuro, la inmigración, que requiere grandes volúmenes de personas, es vista como un fenómeno con dos caras, como problema y como solución, pero lo que es innegable es que ha obligado a los países ricos a reconsiderar muchos de los postulados sobre los que se había construido la cultura contemporánea. Ante una masa de indigentes que se mueve a nivel de supervivencia, y no tiene más remedio que abandonar familia y tierra para ir en busca de un trabajo que, muchas veces, se presenta arduo o imposible y con la consiguiente posibili-

dad de sufrir la explotación o el maltrato, hay que ser muy duro o indiferente para pasar a su lado sin verse afectados por el problema.

Por otro lado, la cuestión del ambiente resulta problemática desde el punto de vista de nuestras actividades. Alrededor del 70 % de la contaminación se debe a la producción energética, a los transportes y a la falta de suficiente información. El estricto cumplimiento de las normativas internacionales y su trasvase a los marcos nacionales por Gobiernos, medios regionales y locales y empresas agresivas es la solución para acortar y disminuir los efectos de la situación actual y futura.

El *biologismo* es la amenaza a la que antes me refería. La extrapolación de la Ecología biológica a la Ecología humana conduce a la Ecología profunda, al ecocentrismo biologista o al antropocentrismo biologista-eugenésico. Cabe simplificar esta terminología, que podría tacharse de críptica. La mencionada tendencia sostiene que la especie humana debe someterse a las leyes fisiológicas de las demás especies. Como no ha ocurrido así, el crecimiento de la población posee un carácter patológico. De esta manera el individuo es sustituido por la especie, susceptible de mejora y selección, con lo que la vida de la persona concreta sin calidad genética e intelectual carece de sentido. Lo mismo puede afirmarse de las gentes o pueblos que se apartan más de los condicionamientos biológicos por causa de la fecundidad.

Afortunadamente, las anteriores afirmaciones son minoritarias. Frente al antihumanismo demográfico y bio-ecológico, basta señalar tres presupuestos. En primer lugar, el hombre es el único ser en la naturaleza que está dotado de inteligencia y posee dimensiones morales, por lo que es el único ser capaz de distinguir entre el bien y el mal. Después, nuestra relación con la naturaleza es de respeto a lo creado y se desenvuelve en el ámbito de la ciencia y la tecnología, con el objetivo de satisfacer nuestras necesidades de bienestar material en el marco del desarrollo cultural que nos es propio. Finalmente, el antropocentrismo bíblico es solidario, puesto que la Tierra y sus bienes pertenecen a todos los hombres, lo que significa que cada hombre tiene obligaciones sociales respecto a los demás en el uso global que hace del planeta.

Este escenario esperanzado parte de la confianza de que los valores de la familia se hallan todavía muy arraigados. Es necesario que sean activadas las ayudas institucionales, económicas y sociales que permitan contribuir a la recuperación de la fecundidad. La recuperación y promoción de la fe en las nuevas generaciones, cuya expresión más significativa fue la celebración del Jubileo de la Juventud en la Roma del 2000 con dos millones de jóvenes asistentes, es condición necesaria. La ayuda a la familia y a la natalidad es, además, un complemento para procurar una reposición que permita la convivencia —y no la desaparición— de la cultura europea de raíces cristianas, en solidaridad con las culturas de la inmigración.

Contra pesimismo, optimismo. Pero no optimismo utópico, sino realista. Como escribió el Beato Josemaría: «Fe, alegría, optimismo. —Pero no la sandez de cerrar los ojos a la realidad»². El realismo es la virtud que nos hace admitir la existencia de errores y deficiencias, que tendremos mientras vivamos, a título personal y colectivo. Pero nos anima también a prepararnos sólidamente, cada cual en nuestro campo, para encararlo de la mano de la verdad y el amor. Quizá sea ésta la mayor lección que, a lo largo de mi carrera profesional en el ámbito de la Geodemografía, he podido aprender del Beato Josemaría: «Tu vida, tu trabajo, no debe ser labor negativa, no debe ser “antinada”. Es, ¡debe ser!, afirmación, optimismo, juventud, alegría y paz»³.

² *Camino*, 40.

³ *Forja*, 103.